

CAPITÁN ULISES

Emilio Rivaud Delgado*

Alberto Savinio, *Capitán Ulises*. México: Sexto Piso, 2005, 128 pp.

El capitán Ulises no encuentra reposo. Condenado durante diez largos años a navegar por mares extraños, sorteando los obstáculos de ninfas y hechiceras, encuentra gracias a su astucia el camino a Ítaca, la ínsula donde él es rey y señor. Tales son los hechos que lo hacen meritorio del distintivo de héroe. Pese a estar atrapado en una obra donde tiene el papel estelar, Ulises se sabe tan sólo un hombre que se encontró en un mal lugar en un mal momento.

Alberto Savinio (1891-1952), se encuentra con este Ulises real: un “*gran infeliz*”, un “*virtuoso a la fuerza*”; que se embarca en un último viaje que, sabe de antemano, es siempre el penúltimo. Atrapado en su propia leyenda y consciente de la futilidad de tal empresa —la leyenda no tiene otro destino que repetirse hasta el infinito—, Ulises desea sólo paz y soledad. Tal es el héroe que Savinio descubre debajo de las capas de mármol que cubren su busto.

Capitán Ulises es necesariamente una obra de teatro. Para el autor, el teatro es una *aventura multicolor*, más vívida que la vida misma, en la cual “el *hombre actor* asciende a una biología superior” y “asume el mando supremo de sí mismo”. Ulises, nos dice Savinio, “entendió enseguida que le había encontrado el único medio que pudiese solucionar su drama” (Savinio 2005: 13).

* Estudios en ciencias de la comunicación por la UNAM, y escritor. Correo electrónico: solorivaud@yahoo.com.mx.

La obra recorre algunos de los pasajes de la *Odisea*: la estancia en las islas de Circe y Calipso, la llegada a la isla de los feacios, el arribo final a Ítaca. Más específicamente, Savinio escribe sobre las partidas.

Después de una estancia de un año en los aposentos de Circe, donde Ulises y su tripulación han sido agasajados por la hechicera y su corte de bellas iniciadas, el capitán, impulsado por los resortes que le impelen a seguir su viaje, ordena a su leal cuartelero Euríloco que apreste la nave para zarpar. Aparece entonces Circe, decidida a impedir que Ulises, gracias a quien se convirtió “en mujer”, parta. Euríloco permanece cerca, susurrando al oído de su capitán que no se deje convencer por las malas artes de la mujer. No tenemos motivos para dudar de que las palabras de amor de la hechicera son sinceras y fueron correspondidas. Pero el espectáculo debe continuar. La vida del capitán “está toda aprisionada, encerrada” en el único anhelo de llegar a casa, con su mujer y con su hijo. Atrapado entre los deseos de una mujer y los llamados a la disciplina de su oficial más cercano, Ulises parte.

Tampoco le es fácil dejar la isla de Calipso. Ella le recuerda los cuidados que le propinó, los besos de “madre y hermana”. Ulises, enfurecido, le espeta un “¡Iguales, todas iguales!” Penélope, Circe, Calipso son la misma mujer (según el texto de la obra, son físicamente idénticas), el mismo objeto del deseo que aleja a Ulises de lo que realmente quiere: “la paz, la soledad”.

Por lo pronto, el capitán es ya consciente de que está siendo manipulado. En la isla de los Feacios, el rey Alcinoos ofrece a Ulises un barco para que pueda partir cuando lo desee a su destino final. Ulises toma la oferta y pide partir de inmediato, saliéndose del guión que le impone pasar la noche en el palacio. Alcinoos no sabe qué responder, sólo la intervención sedante de Minerva permite que Ulises siga lo que está escrito.

Llega finalmente el héroe a Ítaca. Asesina, un revólver en cada mano, a los pretendientes de Penélope y se encuentra frente a la puerta de su hacienda, a unos pasos de su mujer, su hijo, su destino. Entonces su corazón flaquea. En Penélope no alcanza a reconocer el anhelo que le ha empujado hasta ahí; sólo escucha voces que lo sumen en la confusión. Pero este Ulises delirante, bañado en sangre, alcanza un momento de lucidez: “Tu verdadera casa, tu solitario y espléndido palacio, tiene un

nombre: ¡Fin!” Minerva apresta una nave para que el capitán, de nuevo, parta en su penúltimo viaje.

El destino fatal de la errancia lo ha alcanzado de nuevo, pero esta vez lo rechaza: “Vestido de civil”, sale del escenario y se encuentra con el Espectador, que no logra entender qué ha sucedido. Ulises ha descubierto que el destino sólo existe “aquí, con nosotros, entre el chaleco y la camisa”. En su faceta de hombre común, invita al Espectador (es personaje esencial en la obra) a cenar, para que después cada quien siga su camino. Minerva, detrás del telón, lo llama a gritos pero él, por vez primera, no la escucha. Al dejar el escenario, Ulises abandona también su drama. Deja a los personajes que sólo esperan que diga su línea para seguir con el guión.

Al ofrecerle a Ulises —un personaje, en sentido estricto— la oportunidad de actuar, Savinio le ofrece la voluntad y le permite romper “las anclas que le tenían atracado a la orilla maldita”. Por primera vez, Ulises es dueño de “su” historia.

Capitán Ulises es una obra que admite múltiples lecturas. Plantea, por una parte, una reflexión profunda sobre el teatro como experiencia vital a ambos lados del telón. No escapa, desde luego, a los grandes temas de la modernidad: la soledad del individuo, la imposibilidad de la libertad, la futilidad de la existencia. Es también —y esto no es cosa menor— una lectura divertida, llena de sentido del humor y parlamentos memorables. Siéntase usted invitado a leerla.